

Arde Torrevieja

J. M. Sala



levanta
fuego



Primera edición: junio de 2021
Segunda edición: diciembre de 2021
J. M. Sala

Diseño de cubierta: Marta García
IG: imartagarcia
Corrección y maquetación: Levanta Fuego
www.levantafuego.com

ISBN: 978-84-09-30719-7
Depósito legal: V-1660-2021

El contenido de esta obra puede ser distribuido, comunicado y copiado libremente, siempre que su uso sea no comercial. Para cualquier otro uso o finalidad, se ruega contactar con la editorial.

Arde Torrevieja

España tiene una gran longitud de costa, aproximadamente 7.880 kilómetros, de los que el 24 por 100 corresponden a playas. Una longitud valiosa por las grandes posibilidades que ofrece, pero escasa ante las crecientes demandas que soporta.

Exposición de motivos de la ley 22/1988,
de 28 de julio, o Ley de Costas.
Boletín Oficial del Estado

Se buscan peones. Pregunta por el Rojo.

Grafiti encontrado en la urbanización Los Balcones,
Torrevicja, 2001

*Just when I think I'm winning
When I've broken every door*

The ghosts of my life blow wilder than before

Ghosts, Japan

A las cinco y media de la mañana del viernes 16 de junio de 2002 se registró un sismo de 3,5 en la costa de Torrevieja. De acuerdo con el Instituto Geológico Nacional, el epicentro se situó frente a la cala del Moro y el cabo Cervera, a unos ocho kilómetros de profundidad.

El temblor se sintió por todo el paseo marítimo. Una bandada de gaviotas que reposaban sobre la estatua de la Bella Lola (adornada con una bufanda de la selección alemana de fútbol) alzó el vuelo, presintiendo que algo iba mal. Las aves sobrevolaron los Tres Quioscos y dejaron atrás el paseo de los Hippies, salpicado de vómitos y botellas vacías. Siguieron volando hasta llegar al paseo Vistalegre, pero una vez allí tampoco se detuvieron. Su instinto les decía que no era seguro volver a tierra. Y tenían razón.

Aquel fue el primer sismo del día, pero ni mucho menos el último.



Una hora después Juan abrió los ojos, sin saber por qué. No le había despertado el terremoto, sino la colisión de dos coches en el cruce de la calle Apolo

con Vicente Blasco Ibáñez. Por supuesto, no se sorprendió. Esa esquina siempre había sido peligrosa. Los coches nunca veían la señal de STOP a tiempo y chocaban a la altura del hostel Apolo. Aquel lugar tenía el récord de accidentes de Torrevejeja: cincuenta colisiones al año.

Al escuchar el ruido —los chasis de los vehículos reventando el uno contra el otro, cuerpos despedidos contra el parabrisas—, Juan se asomó por la ventana de su habitación y escudriñó más allá de la oscuridad de la calle Zoa, procurando atisbar cualquier rastro de la catástrofe. Pero fue inútil. Aunque debía de quedar menos de una hora para que amaneciera, las farolas llevaban sin funcionar todo el invierno. Y, sin la luz del letrero del Mercadona, su calle era un pozo oscuro, absolutamente impenetrable.

Juan permaneció apoyado en la ventana un minuto y finalmente volvió a la cama, frustrado. Ya no podría dormir, de modo que se entretuvo escuchando el CD pirata que su hermana le había regalado un mes antes. Aunque no tenía ni idea de inglés, pasó un buen rato moviendo la cabeza de izquierda a derecha, ensayando una mirada agresiva que más tarde practicaría con sus compañeros de curro. Para cuando el CD llegó a la canción *Till I Collapse*, Juan había encontrado su pose, su ritmo. En su cabeza derrochaba actitud. Sin embargo, cuando miró el reloj digital que llevaba en la muñeca, una expresión de pánico le recorrió el rostro.

Llegaba tarde a su cita con el Rojo. Muy a su pesar, retrasarse se estaba convirtiendo en su carta de presentación.

Juan encontró en el suelo una camiseta de tirantes que no olía del todo mal y los pantalones cortos que había comprado en Barabú, la nueva tienda de la calle Ramón Gallud, que llevaba abierta desde el verano pasado. Salió del dormitorio y ya en la cocina cogió un Bollicao y dos Red Bull. Se bebió uno de golpe, sin detenerse para tomar aire, sin sentarse en la silla siquiera. No había tiempo que perder. Cuando terminó, lanzó la lata a la papelera que estaba en la esquina, al lado del bol de fruta podrida y las botellas vacías de Estrella. Esta vez tampoco encestó.

Antes de salir comprobó que la puerta del dormitorio del Tocaó estaba cerrada, como de costumbre. Se preguntó si aquel día lo vería directamente en el puerto o si se presentaría más tarde. Con el Tocaó todo era impredecible.

Salió por la puerta de hierro de su bloque y se dirigió hacia la izquierda, directo a la gasolinera BP situada seis manzanas más arriba. Al cruzar la calle comprobó que la tienda de ropa Inri que estaba en la esquina de su edificio seguía cerrada, podían verse los maniqués desnudos que anunciaban la liquidación.

No se encontró con nadie en la calle. Torrevieja seguía dormida, pero no por mucho tiempo.



El Rojo llevaba cinco minutos en la furgoneta blanca que usaban para los traslados. Había conseguido aparcar sin problemas en la acera del hostel Torres, frente a la gasolinera BP, al lado del inmenso cartel de la calle Apolo. Desde allí podía ver la manzana en construcción cubierta por carteles publicitarios escritos en inglés y alemán.

Se fijó en el anuncio más grande. Una persona de aspecto claramente inglés aparecía vestida de torero y montado sobre la provincia de Alicante, cuyo relieve parecía un toro. Entre sus piernas podía leerse un rótulo: «SEATS ONLY FOR £30 WITH RYNAIR! DIRECTS FLIGHTS TO ALICANTE! MALAGA! BOOK NOW! SUMMER 2002». A la derecha distinguió el logotipo amarillo sobre el fondo azul. En las últimas semanas, Torrevieja se había llenado de los anuncios de aquella aerolínea.

El Rojo miró la hora. Eran las ocho menos cuarto de la mañana, lo que significaba que Juan se había vuelto a retrasar. Enfadado, miró por la ventanilla del copiloto. Su déficit de atención, nunca diagnosticado, le impedía quedarse quieto. La mente le empezó a divagar, yendo de un estímulo a otro. Fue así como volvió su atención hacia la gasolinera BP.

Incluso desde la acera opuesta podía notar el calor de los autobuses, el olor a neumático apoderándose de la avenida. Los estudiantes hacían cola apoyados entre los tanques de gasolina, esperando su turno para subir a la periferia de Torrevieja, allí donde se habían levantado todos los institutos de secundaria

de la ciudad. Normalmente esta parada de autobús solo funcionaba para dejar a los estudiantes a la vuelta de las clases, pero los viernes era un día especial porque el mercado semanal bloqueaba los principales accesos de la ciudad hasta bien entrada la tarde. Los puestos empezaban a montarse a las siete de la mañana y se extendían a lo largo de diez kilómetros de urbanizaciones y bloques de viviendas. Para cuando el mercado terminaba, alrededor de las cinco de la tarde, solo quedaba un mar de frutas y verduras trituradas cubriendo las calles arrasadas. Toneladas de basura enterrando la ciudad, como de costumbre.

El Rojo volvió a sentir aquella llamada en el interior de su cabeza, ese arrebató que le impedía quedarse quieto y le empujaba a seguir buscando, mirando, escudriñando todo a su alrededor. Fue así como acabó echando un vistazo a la portada de *El País* que había comprado para su padre. Como llevaba haciendo las últimas semanas, ignoró la crónica de la campaña de verano de ETA, que cubría la parte izquierda de la portada —«La banda terrorista amenaza la costa durante la Cumbre Europea. Incautados 131 kilos de explosivo en tres zulos de Valencia»— y leyó la crónica del partido de España —«Ahora, a por Irlanda. España avanza segura a cuartos de final»—. También encontró una noticia sobre la huelga general, lo que le hizo temer que aquella tarde fuera a verle algún representante del sindicato. Al parecer querían hacer un parón para

dañar la Cumbre Europea que iba a celebrarse en Sevilla la semana siguiente. Llevaban unos días intentado organizar una reunión para coordinarse. Una reunión a la que el Rojo, que odiaba a los sindicatos como el que más, se negaba a ir.

Cansado, volvió a mirar la hora. Juan llevaba diez minutos de retraso. Justo cuando estaba pensando que nunca más iba a dejar que lo acompañara, miró hacia la esquina del hostel Torres.

Fue entonces cuando descubrió a la anciana.

Debía de tener más de setenta años, pero era difícil saberlo con seguridad. Tenía la cara de llena de arrugas. Su ojo derecho había perdido la pupila, envuelta ahora en un blanco lechoso. Pero aquello no fue lo que más le llamó la atención, sino el cartón que le colgaba del cuello. Tenía un mensaje escrito con tiza.

Pese a la oscuridad que aún había en la calle, el Rojo pudo leerlo sin problemas.

«TORREVIEJA ARDE».



Cuando se produjo el segundo terremoto del día, los rayos del sol empezaban a alcanzar la urbanización La Hoya II, situada cinco kilómetros al norte de la gasolinera BP. En una de aquellas casas, una joven de dieciséis años llamada Sonia se despertaba debido a la abundante luz. Extendió las manos hacia el borde de la cama y se quedó ahí un buen

rato, sintiendo el calor del sol. Después su cuerpo se movió, arrugando la sábana de color beis hasta llegar al borde. Sonia era feliz desde que su hermano Juan se había independizado y ahora ella podía dormir sola en su habitación. Antes de eso lo hacía en el sofá cama. Y el sofá cama, como había aprendido enseguida, no era el sitio más idóneo para dormir.

Unos minutos después consiguió despegarse del colchón y se acercó a la ventana. El día aún estaba naciendo, pero vislumbró en el horizonte un ejército de grúas que giraban a causa del viento y, más allá del Mercadona, los esqueletos de las casas de una futura urbanización. La Hoya III.

Sonia no se miró en el espejo que tenía en la mesilla, por lo que no se dio cuenta del pelo enmarañado ni de las ojeras. Sin embargo, cuando escuchó el sonido del cristal temblando no pudo evitar echarle un vistazo.

Al principio pensó que eran imaginaciones suyas, que se trataba de un efecto óptico producido por el sol. Pero muy pronto comprendió que aquello no era posible. El espejo estaba temblando y siguió haciéndolo durante veinte segundos, despacio, amenazando con caerse al suelo, igual que otros objetos y muebles por toda la ciudad.

Como tantas otras veces, Sonia no le dio importancia. Se vistió rápido y salió de casa sin desayunar. Tenía cosas más interesantes en las que pensar que los terremotos o la comida.

Aquel día iba a conocer a Ghost16. En su cabeza no había nada más importante.



—Primero vendrán los terremotos —le decía la vieja, pegada a la ventanilla—. Después, los animales. Los animales se ahogarán. Y tú lo verás.

Quince minutos de retraso. El Rojo suspiró e intentó ignorar a la vieja que hablaba sin parar al otro lado de la ventanilla. Se había acercado al coche y ahora no iba a poder quitársela de encima. Olía a necesidad.

—Luego, los muertos —continuó—. Los muertos volverán a la tierra.

El Rojo miró para otro lado, pero eso no impidió que la vieja siguiera reclamando su atención. Estaba acostumbrado a lidiar con aquellas ancianas que acosaban a los turistas desde el verano pasado. Habían llegado a ser una molestia tan grande que los guardias de seguridad de los principales bares las habían apartado del paseo marítimo. Desde hacía décadas muchas sectas intentaban usar el terror del gran terremoto de 1829 para su propio beneficio. Durante el verano de 1999 —el último verano del mundo— varias asociaciones de vecinos habían puesto una queja contra la secta que estuvo intentando captar nuevos miembros por institutos y centros de salud.

El Rojo había decidido que lo mejor era ignorar a la anciana. Fingir que no estaba allí.

—Y después llegará la oscuridad. La oscuridad nos enterrará a todos. Tienes que creerme...

Volvió a comprobar la hora. Dieciséis minutos de retraso.

—No me interesa, gracias —susurró.

—Pero ni siquiera...

—Ni siquiera, en serio —le contestó el Rojo—. Gracias.

La anciana se alejó a regañadientes y volvió hacia la puerta del hostel Torres. El Rojo se compadeció de todos los clientes que iba a molestar aquel día.

Por el retrovisor vio una figura acercándose por la acera. Comprobó que tenía el seguro puesto. No era la primera vez que habían intentado atracarle o robarle la furgoneta. Cuando estuvo más cerca comprendió que no había razón para preocuparse.

—No llego tarde, ¿verdad? —le preguntó Juan sonriente.

—Sube —se limitó a responder el Rojo, que arrancó el motor nada más abrirle la puerta del copiloto.

Treinta segundos después, la furgoneta daba media vuelta y avanzaba por la avenida de las Cortes Valencianas hasta llegar a la primera línea de semáforos.

—Me ha fallado la alarma —trató de explicar Juan.

—Ajá —contestó el Rojo sin apartar la vista de la carretera.

Una vez pasada la gasolinera BP siguieron hacia adelante, rumbo a los institutos.